

Ponencia: "XVII Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana: Filosofía y Política en el Mundo Hispánico", Cursos de Verano Universidad de Salamanca 2010, Servicio de Cursos Extraordinarios y Formación Continua, Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia, Salamanca, 28-30 junio 2010, 28 junio 2010.

El político y el filósofo, el perro y el gato dentro de la fauna humana: Filosofía y política en Ortega y Gasset

JESÚS RUIZ FERNÁNDEZ

El filósofo y el político, «los dos modos más opuestos de ser hombre que cabe concebir. El filósofo se esfuerza por aclarar las cosas, el político por confundirlas. Por eso, político y filósofo son el perro y el gato dentro de la fauna humana». O si prefieren ustedes: «la filosofía es la búsqueda desinteresada de la verdad; la política, al reducirla a utilidad, es el imperio de la mentira». Treinta y cinco años separan estas dos frases: no puede decirse que haya etapas en Ortega y Gasset en este tema.

Tema delicado; pero vamos a dejarnos de miramientos y coger el toro por los cuernos. Ortega veía los problemas como toros; pero los toros filosóficos son los más peligrosos, porque no tienen las astas afeitadas. En mil novecientos treinta y siete se celebró en España el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. La crema y la nata de la intelectualidad mundial se dio cita o apoyó. Como Einstein, por carta. ¿Qué hubiéramos hecho nosotros? ¿Qué hizo Ortega? Pues no sólo no apoyó, sino que censuró la misiva de Einstein. ¿Irritante? Aquello se planteó como una lucha entre el bien y el mal. De ahí todo eso que se ha dicho de su giro a la derecha, al conservadurismo, al autoritarismo, sus últimos años. Quizás fuera menos irritante, no obstante, si tenemos en cuenta que el Congreso estaba controlado por los estalinistas. Fascistas, estalinistas: Ortega se mantuvo al margen ¿Qué hubiéramos hecho nosotros? Decisión grave, difícil, que afecta a cuestiones tales como la «tercera España», la

relación entre la ética y la política, etc. El caso es que Ortega salió al paso de la carta de Einstein, diciendo que no sabía nada de España, y que su actitud era un ejemplo más de la irresponsabilidad de que los intelectuales venían haciendo gala los últimos años, causa de su descrédito, de que la filosofía estuviera por los suelos, y de que el mundo, sin ideas a las que agarrarse, vagara a la deriva.

En este pequeño episodio de la carta de Einstein está concentrado todo el pensamiento orteguiano sobre la filosofía y la política. Que, como sobre tantos otros temas no expuso sistemáticamente, sino que está disperso por aquí y por allá a lo largo y ancho de sus obras completas. Y que nos obliga, como siempre tratándose de Ortega, a imaginar una figura con una cierta fisonomía, coherente, que funcione, y que, por lo menos, no entre en contradicción con los datos con que contamos. Éste es al fin y al cabo el método de la ciencia, de todas las ciencias, puesto que es la parte de razón que tiene la razón vital. La parte de vital consiste en ir perfeccionando la idea para que encajen los datos nuevos que van apareciendo.

Las ideas de Ortega y Gasset no es que sean actuales, es que cada día son más actuales. Efectivamente, en la actualidad el poder social de la filosofía es cero. Como en el cuento del reloj, que una vez arreglado por el relojero, sobra una pieza. Esa pieza es hoy día el filósofo. La filosofía actual no cala en la sociedad. Vivimos de cuatro ideas desvencijadas del siglo XIX, especialmente del relativismo. A Ortega le gustaba ilustrar la situación con la anécdota de la exposición de Bellas Artes en la que había un cuadro todo pintado de negro titulado «lucha de negros en un túnel». No sabemos qué hacer con la educación, con la democracia, con el arte...

La razón histórica, el método de las ciencias humanas, consiste en narrar, en contar un cuento: este hombre, esta nación hicieron tal cosa porque antes hicieron tal otra. Pues bien, ¿por qué el filósofo es hoy un cero a la izquierda? La irresponsabilidad de la filosofía ha sido la causante de esta situación. Nunca gozó de mayor poder social como en los siglos XVIII y XIX, pero a costa de politizarse, dejando de ser filosofía. En aquella época se hizo carne el ideal platónico del filósofo-gobernante. Los filósofos prometieron la felicidad en esta vida, alternativa a las promesas salvíficas de la Iglesia para la otra. Pero, cuando a principios del siglo XX se comenzó a hacer balance, se advirtió que, si en los asuntos relativos a cosas, se había cumplido, y con creces, que

lejos se estaba de ello en los problemas más humanos. ¿Acaso era el hombre mejor, más feliz? Ortega no habló de Auschwitz, el símbolo que ha adoptado la posmodernidad; pero su pensamiento desemboca al final de la vía férrea que recorre este campo de concentración. La razón moderna se estrelló en Auschwitz.

¿Y si no gobierna el filósofo, ¿quién manda? Pues para el autor de *La rebelión de las masas*: la masa, la masa manda. Y ya sabemos cuál es la política de la masa cuando se rebela: no hacer y velar porque nadie haga. Yo no sé si algún día llegará a entender la teoría aristocrática orteguiana de la sociedad. Se dice una y otra vez que Ortega estaba contra las masas. ¡Pero si estaba encantado con ellas! Todo el mundo es masa en el 99'9%. Ortega era masa en el 99'9%. El problema no es la masa, sino la rebelión de las masas. Con un ejemplo: el problema no es que seamos peores filósofos que Ortega y Gasset, el problema es que, precisamente por eso, lo despreciemos y no lo leamos.

Ha funcionado, por tanto, una vez más la ley del péndulo, esa dialéctica de puras contradicciones, que no es, como quisieron Hegel y Marx, la esencia de la marcha de la historia, sino de las épocas estúpidas. Y el filósofo ha caído en vertical del todo a la nada. Ahora bien, ninguna de las dos situaciones, la pasada triunfal, ni la actual de nadería y ninguneo, son buenas. Son dos excesos. Y Ortega es el equilibrio, la integración. Creo que pertenece a la corriente integradora de la posmodernidad, la clasicista: una nueva vuelta a la inscripción délfica de *nada en exceso*.

El filósofo no es que no deba, es que no puede gobernar: por el principio de autonomía de la filosofía, por su lema lucifernio de *Non serviam*. Ortega se ocupó especialmente de la independencia de la filosofía en relación con el nacionalismo y el partidismo. ¡Qué triste es ver a un filósofo enarbolando la bandera de una patria o exhibiendo un carné político!: el filósofo que, como filósofo, no debería tener más patria que la razón ni más carné que la verdad.

Se han criticado mucho los silencios de Ortega, especialmente con motivo de la Guerra Civil y su pretensión de neutralidad. Pero ya venía largo tiempo hablando de ello, en el sentido de que «cuando las armas resuenan deben callar las plumas». En tiempo de guerra la visión se torna alucinada, irreal; se producen errores de interpretación, de perspectiva, y es imposible la imparcialidad. De hablar se ha mentir, y

el filósofo no tiene derecho a mentir. Tiene razón Julián Marías cuando dice que «también se puede utilizar el silencio». E incluso Unamuno cuando, en pleno rifirrafe con Millán Astray, gritó que «a veces, callar es mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia». Pero Ortega pensaba que el silencio del filósofo podía servir de contrapeso al frenesí de la masa, y contribuir en algo a la salvaguarda de los intereses humanos frente a los intereses de las naciones y de los partidos, de los perennes frente a los transitorios. *Silencio activo*, llamó nuestro filósofo a este silencio. Así, censuró, tanto a Max Scheler como a Bergson, cuando en la Primera Guerra Mundial justificaron sus posicionamientos, diametralmente opuestos, con las mismas razones.

Y con respecto al partidismo, bien claro es en su artículo «No ser hombre de partido»: la exigencia de pertenecer a un partido es uno de los morbos más bajos, ruines y ridículos de nuestro tiempo. ¿Qué interés puede tener leer a un filósofo partidista si ya se sabe lo que va a decir? Ortega presumía de ser un filósofo a cuerpo limpio, sin amparos, ajeno a toda oficialidad, que cantaba «libremente su canción».

Cuando el filósofo se relamía con las mieles del triunfo no se daba cuenta de que, por el principio de autonomía de la filosofía, que la hace esencialmente paradójica, antipopular, lo normal es que sea desatendido, y que, por la función crítica de la filosofía, también derivada del principio de autonomía, perseguido.

La filosofía española sabe mucho de ese destino «áspero, bronco y terrible» que persigue al filósofo en general. Se ha dicho que la condición habitual de los filósofos españoles es el destierro. Ortega también vivió desterrado, tanto fuera como dentro de España. Su vuelta a España tuvo mucho de numantina -el numantinismo, uno de los caracteres que Abellán atribuye a la filosofía española. Ortega se quejaba de recibir bofetadas de todos los bandos. Y esta fue una de las causas, según su hijo, el médico, del cáncer. Así es que, si cuando murió Unamuno, Ortega escribió que había muerto de «mal de España», aquí tenemos otro caso más. Nuestros dos más grandes filósofos murieron de mal de España.

Ahora bien, aunque el filósofo ni deba ni pueda ser político, no significa que no deba ocuparse de política; puede hacerlo, pero como filósofo, y lo propio de la filosofía es la filosofía política.

Hay que tener en cuenta que filósofos, científicos y artistas son quienes tienen las antenas más dispuestas y prontas para captar la nueva perspectiva, sensibilidad vital o vocación que introduce cada generación. Los políticos son, sin embargo, casi los últimos en enterarse.

Y luego viene la pedagogía. La función pedagógica de la filosofía, de mejorar al pueblo. Función pedagógica que era esencial en el socialismo que siempre profesó: el de Lasalle, el de cátedra de sus maestros marburgianos, el fabianismo que Ramiro de Maeztu trajo de Inglaterra y asimilaron la Liga de Educación Política y el Partido Reformista.

Estoy diciendo, por más que suene políticamente incorrecto que Ortega fue siempre socialista. Y fue siempre socialista porque siempre pensó que el Estado debía intervenir en la economía. Se trata, claro está de un socialismo no marxista, en la línea del socialismo revisionista de Berstein, esto es socialdemócrata. Lo mismo que fue siempre demócrata. En política. Otra cosa es la pretensión morbosa de extender la democracia a los demás campos de la cultura, porque la verdad no tiene nada que ver con la democracia. Yo creo que Ortega fue liberal en cultura, demócrata en política y socialista en economía. Las dos primeras cosas ya se le están reconociendo; la tercera no tanto.

En 1949 escribió Einstein un artículo en un periódico de Nueva York, donde daba nada menos que la receta para salir de la crisis. ¿Por qué no socialismo? se titula. Frente a la anarquía económica del capitalismo, planificación de la economía por el Estado; pero salvaguardando la libertad individual y la democracia. Exactamente igual que Ortega. ¿Pero, entonces, por qué apoyó un Congreso adulador de Stalin? ¿Y Sartre? Sartre además participó. ¿Y María Zambrano? Sólo por citar a los filósofos. Seguramente porque veían en la Unión Soviética el mal menor. Pero eso es política: reducir la verdad a utilidad. Precisamente lo que Ortega criticaba a la carta de Einstein. El político y el filósofo, el perro y el gato dentro de la fauna humana. En 1987, en el cincuentenario del Congreso, Octavio Paz, que estuvo en 1937, confesó que el acto

debía servir como autocrítica. Y poco antes, justo el año que Elorza llama en su libro *autoritario* a Ortega, confesó también que de la Guerra Civil Española había aprendido que «el intelectual debe ser independiente».

Proponer ideas, clarificar ideas y prever problemas futuros: en esto se concreta la función pedagógica de la filosofía. ¿Y el político que tiene que ver con todo esto? El político es el intermediario entre el filósofo y la sociedad; aportando la emoción para que las ideas se encarnen.

De todas formas, Ortega pensaba que hasta que las masas, se estrellaran no había nada qué hacer. Entonces volverían los ojos hacia la filosofía, dándose cuenta de los peligros que conlleva marchar a la deriva. Y esta resurrección de la filosofía la contemplaba unida a la creación de los Estados Unidos de Europa. Entonces España tendría una oportunidad, pues, habiendo estado separada de la filosofía por falta de sintonía con la modernidad, los nuevos aires de la posmodernidad eran más acordes con su idiosincrasia. Incluso todavía le dio tiempo de ver indicios de esto. En fin, mucho tiempo ha pasado... ¿cómo están las cosas? Se oye que con esto de las crisis las empresas empiezan a volver los ojos a la ética. Está claro que la solución es la ética, como bien dijo Abellán, en la conferencia que dio hace unos días sobre la crisis actual. El problema es cómo convencer a las masas antes de que se estrellen.

Hasta aquí filosofía y política en Ortega en teoría. Queda la práctica. Ver si se ajusto a los principios que defendió. Ortega dijo que el filósofo no debía gobernar. Y a esto añadió que no servía para la política. Por impedimentos físicos y psicológicos. Estos últimos, ausencia de los jugos gástricos para digerir cualquier metedura de pata sin que le diera una angina de pecho. Pero el caso es que no paró de meterse en política. Fue el intelectual de su tiempo que más se metió en política. Sus escritos juveniles en favor del Partido Socialista; la Liga de Educación Política, apoyando al Partido Reformista de Melquíades Álvarez; sus artículos en *El Imparcial* contra la política de la Restauración, como el titulado *Bajo el arco en ruina*, por el que le echaron del periódico; la fundación de *El Sol*; su artículo en este diario, donde apareció la famosa frase *Delenda est monarchia*, por el que le echaron también de este otro periódico, aunque quizás ayudara a derrocar la monarquía; sus escritos sobre la *Redención de las provincias*, donde defendía el Estado de las autonomías –adoptado en la actualidad por España como ha

sido ampliamente reconocido-; la Agrupación al servicio de la República; sus intervenciones exitosas en el Congreso contra el federalismo y el separatismo catalán, y sus intentos posteriores de fundar un partido nacional. José Gaos sostiene que hay una contradicción entre las palabras y los hechos, que realmente tuvo vocación política y que la separación de ésta contribuyó a la amargura que le embargó los últimos años. En realidad, Gaos extiende la vocación política a todo filósofo hispanoamericano: «el filósofo hispanoamericano no se ha contentado con la filosofía política: ha querido hacer política, ser político».

Dos cosas quisiera decir sobre esta aparente contradicción en Ortega. Basándome en los textos. Porque entiendo que la misión de la Historia de la filosofía no consiste en la búsqueda de fuentes, como hace Orringer, sino en entender a los filósofos.

En primer lugar, quisiera decir que España no es un país normal. Aquí la rebelión de las masas no es algo coyuntural, como en el resto de Europa, sino constitutivo. Las «dos Españas» de Ortega no son las que se enfrentaron en la Guerra, sino la africana y la europea. Esta última, la España de los ilustrados, los afrancesados, los liberales, las Cortes de Cádiz, la Primera República, el regeneracionismo positivista, el krausoinstitucionismo, el regeneracionismo del 98, la Segunda República. Pero el caso es que la africana ha tenido siempre apisonada a la moderna, sin dejarle asomar. Aquí siempre ha habido odio al intelectual, incluso cuando triunfaba en Europa. El político, en cambio, siempre ha tenido mucho prestigio. Por lo que los filósofos se han hecho políticos siempre que han podido, deshaciéndose como filósofos. Esto quiere decir que en España todo el mundo, filósofo o no filósofo, tiene que arrimar el hombro. Ortega entró en política por deber, y siempre asaltado por la duda.

La segunda cosa que quisiera decir es que, siempre que tengamos de habérmolas con este filósofo, debemos emplear un método dialéctico, integrador. La integración la veía como la característica fundamental del tiempo nuevo que no se cansó de anunciar. Por supuesto, la posmodernidad. Muchos de los malentendidos a que ha dado lugar este autor se ha debido a que se le ha interpretado unilateralmente. Tenía que ser o filósofo o literato; o filósofo o político, etc. A Ortega, la unilateralidad le parecía barbarie, brutalidad. La vida sólo cobra sentido cuando se convierte en una aspiración de no renunciar a nada, dijo. Ahora bien, toda integración obedece a un principio de jerarquía.

Hay que sustituir la fórmula «o lo uno o lo otro» por la de los grados. La cuestión no es si Ortega fue o no fue político: claro que lo fue, sino ¿qué fue más: filósofo o político? Y entonces la respuesta no deja lugar a la duda. Hay que tener en cuenta que Ortega fue despreciado por los políticos, que lo veían demasiado intelectual.

En resumen, Ortega llevó a cabo una reforma de la función social de la filosofía, contemplándola en relación a la política, puesto que unidas habían coexistido históricamente. Reforma de la función social de la filosofía, consecuencia de la reforma de la idea de la filosofía que desarrolló como respuesta a la crisis de fin de siglo, crisis en la que todavía estamos. Ortega fue uno de los primeros intelectuales en tomar conciencia de la crisis de fin de siglo y toda su obra constituyó un enorme esfuerzo por hallarle una salida. Salida integradora porque la integración es la característica fundamental del tiempo nuevo que no se cansó de anunciar, y que no tiene otro nombre que el de posmodernidad.